



Diócesis de Saltillo

Mensaje de Navidad  
Fr. Raúl Vera López, O.P. Obispo de Saltillo  
Diciembre 2017

## Construir el mundo con “los nadies” O destruir el plan de Dios con los “sabios y entendidos”

*Este niño será causa de caída y elevación de muchos en Israel,  
Será signo de contradicción (Lc.2,34)*

Esta Navidad disponemos nuestro ánimo para acoger con un corazón abierto a Cristo, el Hijo de Dios que se ha hecho hombre para que nosotras y nosotros llegáramos a ser hijas e hijos de Dios, revestidos de su poder para vencer el pecado en nosotros mismos y en el mundo. De esta manera se cumplen en nuestro tiempo los augurios contenidos en el himno que los ángeles entonaron ante los pastores de Belén, cuando les llevaron la Buena Nueva de que -para ellos y para todos los hombres y mujeres del mundo-, había nacido un Salvador. Proclamaron: «*Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres amados por él*» (Lc.2,14).

Esta bonanza que trae al mundo el Mesías y Señor, Jesús de Nazaret, Dios lo anunció con mucho tiempo de anticipación al mundo por medio de los profetas: “*Entonces se revelará la gloria del Señor y todos los hombres la verán juntamente, porque ha hablado la boca del Señor. Súbete a una montaña elevada, tú que llevas la buena noticia a Sión; levanta con fuerza tu voz, tú que llevas la buena noticia a Jerusalén. Levántala sin temor, di a las ciudades de Judá: «¡Aquí está tu Dios!».* Ya llega el Señor con poder y su brazo le asegura el dominio: *el premio de su victoria lo acompaña y su recompensa lo precede*” (Is.40,5.9-10). “*En aquellos días y en aquel tiempo, haré brotar para David un germen justo, y él practicará la justicia y el derecho en el país. En aquellos días, estará a salvo Judá y Jerusalén habitará segura. Y la llamarán así: «El Señor es nuestra justicia»*” (Jr.33,15-16). Los textos proféticos encuentran su pleno cumplimiento por medio de la redención de toda la familia humana realizada por nuestro Señor Jesucristo.

Los evangelistas Mateo y Lucas que nos ofrecen datos sobre la infancia de nuestro Señor Jesús, dan cuenta de la alegría que causó la noticia de que estaba llegando el Salvador, pues era objeto de una esperanza profunda sobre todo de parte de los pobres de Israel, que de manera especial son mencionados como los primeros protagonistas que rodean el misterio del nacimiento del Salvador. Entre estos están: Isabel, la parienta de María y su esposo Zacarías, sacerdote del Templo de Jerusalén (Cf.Lc.1,5-17.25); los pastores de Belén que he mencionado antes (Cf.Lc.2,9-20), y los ancianos Ana y Simeón, quienes recibieron la noticia en el Templo de Jerusalén cuando el niño fue llevado por sus padres para ser presentado ante Dios (Cf.Lc.2,22.25-33.36-38). Actores principales de todo lo que rodeó el inicio del cumplimiento de las promesas mesiánicas, también fueron los padres de Jesús. María, a quien la tradición coloca entre el sector de la población más desprotegido, los pobres

que esperaban ardientemente la ayuda de Dios para encontrar remedio a su situación, y se les llamaba los Anawim, pobres de Yahvéh, y su esposo José, de oficio carpintero (Cf.Lc.1,26-38, 39-45; 2,16-17.29-35; Mt.2,1-12.19-23).

Toda la esperanza que existía en el pueblo de Israel fue colmada cuando apareció Jesús en su vida pública, anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios. Marcos nos anuncia en su Evangelio la irrupción de la predicación de Jesús en medio del pueblo judío con estas palabras: *«El tiempo se ha cumplido: el Reino de Dios está cerca. Conviértanse y crean en la Buena Noticia»* (Mc.1,15); Mateo por su parte, después de citar a Isaías (Cf.Is.8,23-9,1) narra el comienzo de la predicación de Jesús con palabras semejantes a las de Marcos: *«Conviértanse, porque el Reino de los cielos está cerca»* (Mt.4,17). Es para alegrarse la frase porque Jesús regresa como Rey para eliminar el mal y para quitarle poderío a Satanás, autor del pecado, porque el Reino de Dios implica la libertad y el amor, y la eliminación del pecado. El testimonio de los cuatro Evangelios es unánime cuando hablan del entusiasmo que provocó Jesús desde el comienzo de su predicación (Cf. Mc.1,28.32-39; Mt.4,23-24; Lc.4,14-15; Jn.4,39-45).

Tomo el contenido de dos textos de los Evangelios, que nos pueden acercar a la comprensión del motivo por el que Jesús era aceptado con tanto entusiasmo, especialmente por las personas más sencillas. Cuando comenzaba a recorrer Galilea, fue a la ciudad donde él se crió y creció, Nazaret; como era su costumbre mientras vivió ahí, el sábado fue a la Sinagoga, se levantó a hacer la lectura, le entregaron el libro del profeta Isaías y encontró este pasaje: *“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado por la unción. Él me envió a llevar la Buena Noticia a los pobres, a anunciar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”* (Lc.4,16-19; Cf.Is.61,1-2). Cuando terminó la lectura y regresó el libro, todos los ojos de quienes estaban en la Sinagoga ese día, estaban fijos en Él y comenzó a decir: *«Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír»* (Lc.4,21).

La misión del Mesías anunciada por el profeta Isaías en este texto, confirma a Jesús en su misión y Él lo acepta públicamente con las palabras que dijo en la Sinagoga de Nazaret: *«Hoy se ha cumplido este pasaje de la Escritura que acaban de oír»* (Ibid). Esta misión, según lo expresa Isaías en los versículos siguientes a los leídos, consiste en devolver la dignidad a “los nadies”, como llama el poeta Eduardo Galeano a quienes se les niega un mínimo de reconocimiento a su dignidad inherente, misma que Jesús viene a reivindicar para hacer de ellas y ellos personas que se conviertan en sujetos. El don del Espíritu que el Mesías derrama sobre quienes lo aceptan, les hace participantes activos de la construcción de una sociedad nueva, que surge de la presencia del Reino de Dios en el mundo. Lo afirma el profeta: *“Ellos serán llamados «Robles de justicia». «Plantación del Señor, para su gloria». Ellos reconstruirán las ruinas antiguas, restaurarán los escombros del pasado, renovarán las ciudades en ruinas, los escombros de muchas generaciones. Porque yo, el Señor, amo el derecho y odio lo que se arrebató injustamente; les retribuiré con fidelidad y estableceré en favor de ellos una alianza eterna. Su descendencia será conocida entre las naciones, y sus vástagos, en medio de los pueblos: todos los que los vean, reconocerán que son la estirpe bendecida por el Señor”* (Is.61,3-4.8-9).

La llegada del Reino de Dios que Jesús empezó a proclamar en Galilea y en Judea, produce un cambio profundo en la historia. Lo que provoca la palabra del Reino que anuncia Jesús es una revolución que suscita nuevas perspectivas, Jesús nos invita a construir nuestro entorno partiendo de lo que el poder de este mundo desecha porque lo considera inútil e improductivo. Esta paradoja la expresa San Pablo en la Primera Carta a los Corintios: *“Mientras los judíos piden milagros y los griegos van en busca de sabiduría, nosotros, en cambio, predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos, pero fuerza y sabiduría de Dios para los que han sido llamados, tanto judíos como griegos. Porque la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que la fortaleza de los hombres. Dios eligió lo que el mundo tiene por necio, para confundir a los sabios; lo que el mundo tiene por débil, para confundir a los fuertes; lo que es vil y despreciable y lo que no vale nada, para aniquilar a lo que vale. Así, nadie podrá gloriarse delante de Dios”* (1Co.1,22-23.25-26.28-29).

En el mismo capítulo de Isaías, cuyos primeros versículos proclamó Jesús en la Sinagoga de Nazaret, el profeta anuncia también el resultado de esta opción del Mesías por los humildes y pequeños, por “los nadies”, para hacerlos sujetos edificadores de las estructuras derruidas de los pueblos del mundo: *“Igual que como la tierra da sus brotes y un jardín hace germinar lo sembrado, así el Señor hará germinar la justicia y la alabanza ante todas las naciones”* (Is.61,11).

Otro texto del Evangelio que nos ayuda a reflexionar sobre perspectivas insólitas a las que nos abre el ingreso del Reino de Dios en el mundo, por medio del misterio de la Redención realizado por el Señor Jesús, es la predicación de las Bienaventuranzas que tanto Mateo como Lucas en sus respectivos Evangelios, colocan como apertura de su anuncio. Él llama bienaventurados a quienes viven en unas condiciones específicas, con actitudes muy concretas. Es el caso de las personas pobres, y a quienes con humildad actúan con mansedumbre, a quienes lloran, y tienen hambre y sed de justicia (Cf.Mt.5,3-6), son bienaventurados porque no forman parte de quienes actúan destruyendo la tierra por su ambición de tener. Jesús tiene presentes y exalta a las personas insignificantes que los egoístas expulsan de su corazón y de cualquier acceso a la sociedad, porque Jesús ve en ellas y ellos el potencial para restaurar el mundo conforme a su designio de vida abundante para todas las personas.

Entre este grupo de bienaventurados y quienes les despojan, hay una disparidad muy grande de criterios en el proyecto de la construcción del mundo. Quienes crean mecanismos políticos, económicos y sociales para beneficio propio y de unas cuantas familias, con sus desventurados proyectos, producen a “los nadies” a quienes Jesús acoge como colaboradores suyos en la edificación de una verdadera historia para la humanidad. Esta contradicción de mentalidades es señalada por Jesús en el Evangelio cuando afirma que los criterios del Reino de Dios son ocultados a los “sabios y entendidos” y en cambio son dados a conocer a los pobres y sencillos pues son capaces de comprender un sentido humano de la vida (Cf.Mt.11,25-27). A los ojos de Dios esta gente sencilla es la tierra fértil de donde surgen las y los constructores de la nueva sociedad, que propician la presencia del Reino de Dios en medio de nosotros como resultado. Por eso son bienaventurados, porque poseen el Reino de los Cielos, y porque por ellos la tierra se volverá un espacio en el que toda mujer y todo hombre pueda vivir en paz; a todo ser humano se le devolverá el consuelo y quedará colmada su hambre de justicia. Por ello les necesitamos entre nosotros, sólo junto a la gente

simple se aprende a vivir y a hacer el bien.

Son también bienaventuradas y bienaventurados quienes con su participación activa propician el restablecimiento de la conducción del mundo siguiendo la inspiración innovadora a la que nos conduce el Espíritu. Jesús también anuncia buena ventura a quienes son misericordiosos (Cf.Mt.5,7), pues viendo a las multitudes en el desconsuelo, hambrientos de paz y justicia, se recogen las mangas y empiezan a trabajar junto con quien lo requiera, desde los valores de la fraternidad y la igualdad. Al final de su vida Dios les acogerá en su casa, el Padre misericordioso, porque ellos fueron misericordiosos con sus hijos y colaboraron con Él para liberarlos de tanta opresión y dolor. Igualmente son bienaventuradas las personas que tienen el corazón limpio (Cf.Mt.5,8) pues liberadas de la codicia, ven a Dios presente en la historia tocando sus corazones para ir a su encuentro, descubriéndolo en los rostros de los que más sufren: migrantes, campesinos e indígenas desplazados, mujeres y hombres desocupados, rostros demacrados por el hambre y las enfermedades, personas privadas de libertad, jóvenes víctimas de diferentes adicciones, mujeres vejadas y oprimidas, obreras y obreros explotados, ancianos en soledad o en la indigencia. Estas personas con rostro y nombre específico conmueven la vida de otras que actúan para servir directamente a Dios en ellos. Esta cercanía con quienes sufren les impulsa a trabajar por una sociedad justa que libere de la opresión y el abandono a los consentidos de Dios. Los pobres son los que más hondo entran en el corazón de Jesús.

Bienaventurados son quienes trabajan por la paz, y son considerados por ello, verdaderas hijas y verdaderos hijos de Dios (Cf.Mt.5,9). Trabajar por la paz significa luchar por la justicia, la libertad y la verdad, significa alentar la reconciliación entre las personas, las familias y los pueblos. Trabajar para vencer la desigualdad y la opresión, y garantizar el acceso a todos los derechos a todas las personas, tanto de forma individual como colectiva. Las acciones de estas personas ponen bases para que se promueva una inquebrantable fraternidad y solidaridad entre todas y todos los que habitamos sobre este planeta y empezamos a vivir como hermanas y hermanos, hijas e hijos de un mismo Padre.

El Señor Jesús anuncia que seremos bienaventurados aún en medio de la persecución cuando ésta existe por enfrentar al mal y restarle terreno a su influencia (Cf.Mt.5,10-12). El egoísmo, la codicia y la soberbia, como vicios arraigados en los corazones humanos que se dejan invadir por ellos, dañan e impregnan las estructuras sociales, hasta el punto de extender su poder destructor, en los esquemas y acciones gubernamentales, imponiendo políticas públicas colmadas de esos males, extendiendo y multiplicando el daño a dimensiones que no podemos calcular. Por eso la Virgen María en su cántico delante de Isabel, agradece la manera en que Dios con el poder de su brazo: *"Dispersó a los de corazón soberbio"* (Lc.1,51).

Desgraciadamente, cuando un grupo de soberbios egoístas están asociados en instancias públicas o privadas, sea que construyan leyes o estrategias políticas o económicas, los frutos de sus gobiernos o sus empresas, serán totalmente contrarios al proyecto de Dios que Jesús expresa con el término Reino de Dios. Después de su Resurrección Jesús expresó con toda claridad a sus apóstoles: *«Yo he recibido todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y*

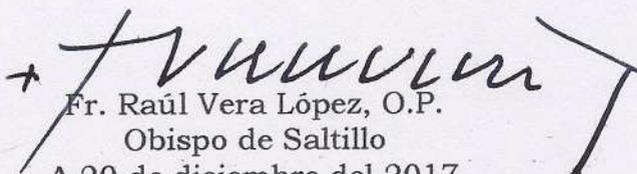


Diócesis de Saltillo

*enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Y yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo» (Mt.28,18-20).* Es así que para quienes queremos adherirnos al bien y buscamos trabajar por la justicia y la libertad para todo ser humano, para quienes nos esforzamos por el restablecimiento de la dignidad de las personas y los pueblos, así como por el cuidado y el respeto por la naturaleza, el medio ambiente y nuestra casa común, debe ser una grande alegría aún en medio de los sufrimientos que se nos propinan, ser perseguidos por las causas de Jesús, resumidas en la vida digna para todas las hijas y los hijos de Dios, y la vida de nuestro planeta.

Echemos un vistazo a nuestro alrededor para darnos cuenta de la multitud de personas que luchan por sus tierras, el agua, el bosque, por sus colonias, por la salud, la vida y el retorno de sus seres queridos. Dios dispone de millones de personas para corregir el mundo en que vivimos, el México que palpita ante nosotros y el Coahuila en transición que recibimos. Con la esperanza que nos dan los Evangelios e Isaías al afirmar que podemos reconstruir ruinas y restaurar ciudades, se disipe de nuestra mente y de nuestro corazón todo lo que se oponga a nuestra actuación en bien de los demás. Que la Buena Nueva de la presencia del Señor Jesús entre nosotras y nosotros, nos permita sentirnos sujetos de la historia y dejemos nuestras comodidades y rutinas para movernos solidariamente hombro con hombro y estrechando nuestras manos, para formar la comunidad que Dios quiere de nosotros. Con mis mejores deseos y con mi corazón lleno de cariño les abrazo en esta Navidad 2017, esperando que el niño que nace nos enseñe a construir un mundo verdadero con quienes la sociedad ha considerado "los nadies", para que juntos aprendamos a ser hermanos nuevamente.

Pidiendo a María Santísima su intercesión poderosa por Coahuila y por México, les bendigo.

  
Fr. Raúl Vera López, O.P.  
Obispo de Saltillo  
A 20 de diciembre del 2017